

No queremos continuar esta crítica, porque el pleito está fallado. Lo que acabamos de decir basta para demostrar cuál es el Dios que niegan los ateos. Si es ateísmo negar el Dios del pecado original, de la predestinación y de las penas eternas, todos nosotros somos ateos ó le falta poco. ¿Cuál es, pues, el objeto que perseguían los ateos del siglo anterior? Destruían, demolian; pero lo que echaban á tierra no merecía quedar en pie, y, mejor dicho, no vivía ya en la esfera de las ideas. ¿Por qué entonces esa guerra encarnizada que á la teodicea cristiana hacían los incrédulos? Porque si la teología estaba en plena decadencia, no por eso dejaba de imperar en las clases inferiores la superstición, y la Iglesia dominaba siempre sobre la ignorancia y la necedad humanas; lo que los incrédulos querían derribar era la tiranía intelectual: tal es el móvil de su ateísmo. Veían que la intolerancia tenía su más sólido fundamento en la revelación, y por eso hicieron una guerra á muerte al Dios de los cristianos. Y no es que nosotros imaginemos esta defensa para disculpar el ateísmo, el cual repugna á nuestro corazón tanto como á nuestra inteligencia; pero es necesario hacer justicia á los ateos. El barón d'Holbach nos va á decir por qué era ateo más bien que cristiano:

"La religión, ya sombría ó entusiasta, conduce siempre al supersticioso, bien á la locura, bien á la crueldad. Nunca se embriagará la imaginación de un ateo hasta tal punto que se le haga creer que son acciones virtuosas ó legítimas los asesinatos, las violencias, las persecuciones y las injusticias. Diariamente vemos que la religión ó la causa del cielo ciega á muchas personas, por otra parte muy sensatas, muy justas y humanas, hasta el punto de que conviertan en un deber el tratar bárbaramente á hombres que se apartan de su manera de pensar. Un hereje y un incrédulo dejan de ser hombres á los ojos de los supersticiosos... Jueces rectos en cualquier otro asunto, dejan de serlo cuando se trata de las quimeras teológicas; y al bañarse en sangre, creen estar conformes con las miras de la divinidad. Casi por todas partes las leyes, subordinadas á la superstición, se hacen cómplices de sus furrores; legitiman ó trastornan en deberes las crueldades más contrarias á los derechos de la humanidad. Todos esos vengadores de la religión que con la mayor complacencia, y hasta por piedad y por deber, sacrifican las víctimas que aquella les seña-

la, ¿acaso no son ciegos? ¿No son tiranos que cometen la injusticia de violar el pensamiento y la locura de creer que se le puede encadenar?... Los sacerdotes, tan celosos de la salud de las almas que violentan audazmente el santuario del pensamiento á fin de encontrar en las opiniones del hombre motivos para perjudicarlo, ¿acaso no son odiosos bribones y perturbadores de la paz de las almas á quienes detesta la razón, por más que la religión los ensalce? ¿Qué malvados hay más odiosos á los ojos de la humanidad que esos infames inquisidores que por la obcecación de los reyes gozan el privilegio de juzgar á sus propios enemigos y de llevarlos á las hogueras?... En una palabra, ¿el nombre de Dios no ha sido la señal de tristísimas locuras y de atentados los más horribles? ¿No se han bañado en sangre los altares de todos los dioses? ¿No ha sido la divinidad, bajo cualquier forma que se la haya presentado, en todos los tiempos, la causa ó el pretexto de la más insolente violación de los derechos de la humanidad?,"

"Jamás un ateo, continúa d'Holbach, mientras goce de su razón, se persuadirá que pueden ser justificadas semejantes acciones." Si d'Holbach es ateo, es porque está bien persuadido de que sólo el ateísmo nos dará la libertad de pensar. ¿Puede haber un beneficio más grande para la humanidad? "En el día, el genio encuentra trabas por todas partes; la religión se opone continuamente á su marcha, y el hombre, envuelto en ligaduras, no goza de ninguna de sus facultades: su misma inteligencia está cohibida y como envuelta en los pañales de la infancia. El poder civil, de concierto con el poder espiritual, parece que sólo quieren mandar á esclavos embrutecidos," (1).

### III

¿Se necesitaba hacer una guerra tal al cristianismo y á toda religión para llegar á la tolerancia y á la libertad de pensar? Para resolver esta cuestión conviene no olvidar que se estaba en el siglo XVIII y en Francia. Los filósofos no estaban enfrente del cristianismo evangélico, sino del catolicismo y de la Iglesia, y el catolicismo acababa de probar que es intolerante por esencia, y que será perseguidor siempre que pueda contar con el apo-

(1) *Le Système de la nature*, t. II, p. 405, 409, 425.

yo de la fuerza y con la estupidez humana. ¿Quién había revocado el edicto de Nantes? ¿Quién había fomentado las conversiones á *cuchilladas*? ¿Quién había inventado las *dragonadas* para atraer á la fe á los hugonotes? No era el papa, no era una Iglesia ultramontana, fué un rey de Francia, un descendiente de Enrique IV el que firmó aquel fatal edicto; y es la Iglesia galicana la que lo apoyó y lo aplaudió. Y ¿fué en una época de tinieblas cuando tuvo lugar esa abominable persecución de cristianos contra cristianos? No, fué en el siglo de Luis XIV; y los que la celebraron, los que felicitaron al rey por haber restablecido la unidad de la fe, se llamaban Bossuet y Fenelón. Para excusar á esos ilustres hombres, ¿qué es lo que se dice? Que fueron los órganos del sentimiento nacional. Y ¿quién pervirtió hasta ese punto una nación generosa entre todas y que contaba entre sus hijos á Rabelais y á Montaigne? El catolicismo: el catolicismo es, pues, el gran culpable; y como para los libres pensadores el catolicismo se confundía con la religión cristiana, dedujeron lógicamente que era necesario aplastar no solamente á la *infame*, como decía Voltaire, sino á la religión misma, porque toda religión les parecía intolerante por esencia.

"Tolerar una religión, dice d'Holbach, sería tolerar un culto que se cree ofensivo al mismo Dios, sería postergar los intereses de su gloria á una política humana, abominable á sus ojos. Y como en el mundo no hay nada más importante que Dios; como es de Él de quien depende la suerte de los humanos, lo esencial es agradarle; ¿no vale más que un Estado se despueble ó se estenúe que el que contenga un gran número de ciudadanos infieles que atraerían infaliblemente sobre él la cólera de los cielos? Será, pues, necesario que los reyes, tenientes y representantes de la divinidad, encargados de vengar sus derechos, esgriman la espada para extirpar la herejía y la impiedad de sus Estados; que destierren, persigan y destruyan á los súbditos que el clero les denuncie como enemigos de Dios." Lo que dice d'Holbach no tiene respuesta, puesto que no hace más que transcribir las palabras de los papas, los decretos de los concilios, las máximas de los teólogos y la doctrina que Bossuet enseñaba en las vísperas del siglo XVIII. El catolicismo pervierte la inteligencia y el alma de tal modo, que la tolerancia llega á ser un crimen. Oigamos á d'Holbach: "Tolerante ó impío fueron casi siempre sinó-

nimos para los devotos y los curas; el partidario de la tolerancia es mirado como un fautor de crímenes; no se atreve siquiera á mostrar sus sentimientos, y se ve obligado á esconderse como un malhechor." Los defensores modernos de la Iglesia, confusos y avergonzados de la sangre vertida en nombre de la religión, convienen en la intolerancia religiosa, pero niegan que la intolerancia civil sea un dogma cristiano. Á esos distingos ya hemos contestado en otra parte; d'Holbach tiene razón en decir que la tolerancia civil es tan imposible en el catolicismo como la tolerancia religiosa: "¿No sería culpable el soberano de una indiferencia criminal si no protegiese los intereses de su religión? ¿No debe ocuparse de la dicha y de la salvación eterna de sus súbditos? ¿Podrá permitirles nunca que se extravíen y se pierdan? ¿No debe servir de su autoridad para obligarles á entrar por la buena senda y para salvar sus almas, mucho más importantes que sus cuerpos? ¿No debe usar, si es preciso, una *crueldad saludable* para obligarlos á hacerse dignos del mayor de los bienes?" (1).

Esas palabras no pertenecen á d'Holbach; el libre pensador no hace más que repetir lo que han dicho los Padres de la Iglesia. No comete más que una falta, que es la de imputar al cristianismo las culpas de la Iglesia católica y confundir en una misma reprobación el cristianismo y todas las religiones. Lo que hace intolerante al cristianismo histórico no es la doctrina de Jesucristo, es el dogma de Nicea, es la revelación milagrosa del Hijo de Dios. Hubiera sido necesario separar la causa del cristianismo evangélico de la del cristianismo tradicional. Voltaire y Rousseau abundaban en esa idea, y aun se la encuentra en Helvetius. "No es, dice, la religión dulce y tolerante de Jesucristo la que es religión de discordia y de sangre, sino la del sacerdote que se declara vengador de la divinidad en nombre de semejante religión," (2). D'Holbach no se para en esa distinción, la cual hay que confesar que era muchas veces una estratagema de guerra; los filósofos querían destruir el catolicismo en nombre del Evangelio, pero eran poco aficionados al Evangelio. Los ateos tienen, por lo menos, el mérito de la franqueza; rechazan el cris-

(1) D'HOLBACH, *Histoire de la superstition*, t. II, p. 7, 20, 28, 30.

(2) HELVETIUS, *de l'Homme*, sec. IX, c. XXX.

tianismo evangélico lo mismo que el catolicismo romano, y rechazan toda religión. Antes de condenarles es preciso oírles; y mucho nos engañamos, ó lo que atacan como esencial de la religión no es otra cosa más que la superstición cristiana.

D'Holbach sostiene que la distinción entre la religión y la superstición es una sutileza. Se dice que la superstición no es más que un temor servil y exagerado de la divinidad; pero ¿no constituye eso la esencia de toda religión? Al mismo tiempo que se nos dice que Dios es infinitamente bueno, ¿no se nos repite también que se irrita fácilmente, que no otorga sus gracias más que á pocas personas, y que castiga con furia á aquellos á quienes no ha querido otorgárselas? (1). ¿Qué es entonces la religión? El sabio no ve en ella más que impostura, nada más que un extravío de la imaginación turbada por falsos terrores, convertidos en sistema por entusiastas ó por bribones que se han propuesto hacer temblar y deslumbrar al género humano para supeditarle á sus propios intereses (2). "El género humano ha venido á ser en todas partes presa de los sacerdotes, los cuales han dado el nombre de religión á los sistemas que habían imaginado para subyugar á los hombres, cuya imaginación habían seducido, cuyo ánimo habían conturbado y cuya razón habían tratado de anular," (3).

En todas las religiones, dicen los incrédulos, hay una mezcla de fanatismo y de truhanería; todas se hallan fundadas en prodigios y en milagros, y los hechos sobrenaturales que en una religión son tenidos como manifestación de la divinidad, son mirados por otra religión como una impostura; lo cual demuestra que todas esas pretendidas revelaciones son una ilusión de la credulidad humana ó un invento de la ambición y de la codicia sacerdotales (4). El fraude es el que domina en ellas, y la política de los clérigos les obliga á aumentar y favorecer los horrores del género humano: "Hablan de Dios como de un monarca interesado, envidioso, lleno de vanidad, que no da más que para que se le devuelva, que exige continuas muestras de respeto y de sumisión, que quiere ser solicita-

do, que no otorga sus gracias más que á la impotencia, á fin de hacerlas valer más, y, sobre todo, que se deja ablandar y ganar con presentes, de los que se aprovechan sus ministros," (1).

El fraude y la impostura no se pueden negar: ¿hay que recordar las falsedades que abundan en la historia de la Iglesia católica? Pero se comprende difícilmente que los hombres se hayan dejado engañar por juglares, aunque se llamasen ungidos del Señor. En todo caso, eso probaría que hay en la religión alguna cosa que no es mentira; que hay un sentimiento legítimo, la fe, de la cual se puede abusar; pero ¿de qué no se abusa? No, responden los materialistas, la superstición ha nacido del temor, y el temor de la ignorancia. Oigamos al barón d'Holbach: "No conociendo el hombre las fuerzas de la naturaleza, la supone sometida á potestades invisibles de las que se cree dependiente y á las que se imagina ó irritadas contra él ó favorables á su especie. Á virtud de eso se figura relaciones entre esas potestades y él, y se cree unas veces objeto de su cólera, y otras veces de su ternura ó de su piedad; su imaginación se esfuerza en encontrar medios para hacerse propicias esas divinidades ó para contener su furor; y una vez encontradas esas relaciones y esos medios, el hombre se conduce con Dios como el inferior para con su superior, como el súbdito con su soberano, como el esclavo con su señor. Y cuando el hombre ha sufrido grandes males se imagina un Dios terrible ante el cual tiembla, y su culto se hace servil, siendo capaz de toda clase de extravagancias para aplacarle," (2).

Cuando la religión está reducida al temor, se concibe bien el papel que en ella representa el sacerdote: "En medio de hombres consternados, afligidos y desprovistos de experiencia, se encuentran ambiciosos, entusiastas ó bribones que, aprovechándose de la ignorancia alarmada de sus semejantes, sacan provecho de sus calamidades, de sus temores y de su estupidez; se atraen su confianza, consiguen subyugarlos, y les hacen adoptar sus dioses, sus opiniones y su culto." Nada más natural. "El que sufre ó teme lo cree todo, lo consiente todo con tal que se le prometa aliviar sus penas, que se fijen sus incertidumbres ó que se pon-

(1) *Le Bon Sens*, § 63, p. 64.

(2) *Essai sur les préjugés*, c. VII / *Œuvres de DUMARSAIS*, t. VI, página 167.

(3) *Lettres à Eugénie* / *Œuvres de FRÉRET*, t. I, p. 7.

(4) *Lettres de Thrásibulo à Leucippe* / *Œuvres de FRÉRET*, t. II, páginas 187, 180.

(1) *Lettres à Eugénie* / *Œuvres de FRÉRET*, t. I, p. 122.

(2) *Histoire de la superstition*, t. I, p. 1-3.

ga fin á sus tormentos. Hé aquí por qué todo hombre que padece ó que teme está siempre dispuesto á entregarse á la superstición. En medio de las calamidades públicas es cuando los pueblos escuchan la voz de los impostores que les prometen remedios; y cuando las naciones se hallan consternadas, es cuando los inspirados, los profetas y los ministros de los dioses llegan á hacerse omnipotentes, y triunfan cuantas veces los hombres se ven afligidos, angustiados, desconsolados ó temerosos. Las enfermedades y los reveses entregan á los mortales á los que les hablan en nombre de la divinidad; la religión está segura de alcanzar completas victorias sobre la razón humana cuando se coloca junto al lecho de un moribundo," (1).

## IV

Nada es más natural, dicen los materialistas, que el que la impostura triunfe de la credulidad. Y excusado es añadir que el objeto de los impostores es su interés, su codicia, su ambición, no el bien de aquellos á quienes engañan: "El fruto de su horrible política no es hacer mejores á los hombres, ni el de atraerlos á la virtud, haciéndoles observar las leyes de la naturaleza; es hacerlos más sumisos á sus directores que á la razón, envilecerlos á sus propios ojos y apagar en ellos la energía, el valor y todo sentimiento de dignidad." ¿Cómo mantener á los hombres en esa servidumbre voluntaria, mucho peor que la esclavitud? Hay para ello un medio infalible, y es el de mantenerlos en la ignorancia: "La ignorancia fué siempre madre de la devoción. Ser devoto no significará nunca más que tener una confianza imbécil en los sacerdotes; recibir de ellos sus inspiraciones y convertirlas siempre en preceptos; adoptar ciegamente sus preocupaciones y sus mismas pasiones, y ejecutar las ceremonias que les impone el antojo de aquéllos," (2). Falta saber cómo se han compuesto los sacerdotes para perpetuar la ignorancia. Lo que pasa á nuestra vista confirma cuanto sobre esto dicen los incrédulos: "El entendimiento humano está siempre dispuesto en la infancia á recibir cuantas impresiones se le comunican. Por eso nuestros sacerdotes

se han apoderado de la juventud, para inspirarla ideas que no lograrían imbuir á hombres ya formados. Desde la más tierna edad principian á dominar su imaginación por medio de extrañas fábulas, de ideas maravillosas y mal hilvanadas, ridículas quimeras que poco á poco llegan á ser para ellos objetos de respeto y de temor durante toda su vida. No hay más que abrir los ojos para ver los medios indignos de que se sirve la política clerical para sofocar en los hombres la razón cuando despunta; no se les enseña en su infancia más que cuentos ridículos, impertinentes, contradictorios y hasta criminales, y se les dice que los respeten; se adoptan las medidas más á propósito para formar ciegos que ya no consultarán su razón, y cobardes que se estremecerán cuantas veces recuerden las ideas con que los sacerdotes les han envenenado en una edad en que no podían precaverse de sus redes," (1).

Los libres pensadores están unánimes en condenar la educación que el clero daba á la juventud confiada á su dirección; y no se puede decir que condenaban lo que no conocían, porque la mayor parte de ellos eran discípulos de los jesuitas: "¿Qué se aprende en las escuelas de esos venerables maestros que reemplazan entre nosotros á los sabios de Atenas y de Roma? A la filosofía han sustituido una jerga bárbara que puede definirse arte de disparatar por sistema y de oscurecer las verdades más claras. Sus escuelas son arsenales en los cuales se fortifica el entendimiento, hasta el punto de ponerle á prueba de todos los ataques de la razón. De este modo, en vez de desenvolverla, la educación no hace más que destruirla en su germen, y en vez de estimular el entendimiento para la investigación de la verdad, lo extravía por caminos tortuosos que nunca conducen á ella; en vez de desplegar la energía y la actividad del alma, la obligan á languidecer, empequeñecen el genio, ponen trabas al talento, le separan de la ciencia, le intimidan, sofocan en su ánimo el deseo de la gloria y le quitan el valor de acometer las grandes empresas," (2).

En esas amargas acusaciones hay una triste verdad; y si eran fundadas en el siglo XVIII, todavía lo son más en el XIX. Gracias á los trabajos

(1) *Histoire de la superstition*, t. I, p. 9-12.

(2) *Histoire de la superstition*, t. I, p. 19.—*Lettres à Eugénie* / *Œuvres de FRÉRET*, t. I, p. 19.

(1) *Lettres à Eugénie* / *Œuvres de FRÉRET*, t. I, p. 7, 8.

(2) *Essai sur les préjugés*, de DUMARSAIS, t. V, p. 303, 304.

de los filósofos y á la inmortal revolución del 89, tenemos hoy libertad política. Pero ¿qué son las libertades constitucionales, qué son los derechos del hombre y del ciudadano? Y ¿cómo puede ser libre la razón, cuando desde la infancia se la somete al yugo de los sacerdotes que la ciegan y la desfiguran? Hay motivo para desesperar del porvenir de la humanidad cuando se ven naciones que se creen libres confiando la juventud á las manos de los jesuitas, para que formen hombres y ciudadanos. La primera condición para ser hombre no es la de pensar libremente? ¿Y se deja á los frailes el cuidado de desarrollar la razón!... ¿Á los frailes, que tienen por ideal el encadenarla y matarla hasta el punto que el hombre puede matar la obra de Dios! ¿No es eso llevar la inconsecuencia hasta la locura, hasta el crimen? Porque crimen hay en ello, y nosotros no conocemos otro mayor que el que se encamina á destruir una inteligencia libre.

No ignoramos qué es lo que alucina á los padres: se necesita una religión, dicen ellos, porque la religión es la base de la moral y el fundamento de la civilización. Estamos muy lejos de negar la importancia de las ideas religiosas; falta saber cuál es la religión que se enseña en las escuelas de los jesuitas y cuál es la influencia que ejerce. No será malo oír sobre este punto á los libres pensadores; verdad es que no han visto más que un lado de las cosas; pero es precisamente aquel que nos importa poner en claro. ¿Qué bien puede hacer una religión que está fundada en fantasías ó imposturas? Lo que hará será extraviar las imaginaciones y fomentar los extravíos de la razón. Nunca puede resultar de la mentira bien alguno efectivo; y con mucha razón decía el ilustre Bacon que *de todos los errores, el más peligroso era el error divinizado*. Para hacer racionales á los hombres no es necesario engañarles ni hacerles que renuncien á la razón; lo que se necesita es enseñarles la verdad, darles una educación que los habitúe á vivir de una manera conforme á la naturaleza. El medio más seguro de extraviar á los hombres y de hacerles perversos es fomentar la estupidez, es ocultar ó disfrazar la verdad, es prohibirles el uso de la razón. "Cuando se les ha embrutecido de ese modo, se puede, si es necesario, ordenar el crimen en nombre del cielo," (1).

(1) *Histoire de la superstition*, t. I, p. 8 y 10.

Hay otra preocupación que mantiene la religión tradicional: los mismos que están convencidos de los males que causa á los hombres la miran como un mal necesario que no podría desarraigarse sin peligro. El hombre, dicen, es supersticioso, necesita fantasmas, y se irrita cuando se las quieren quitar. Pero ¿por qué es supersticioso el hombre? Porque desde su infancia y desde su juventud, desde que nace, dice d'Holbach, se le mece y se le alimenta con supersticiones (1). Nada es más cierto. D'Holbach, en su calidad de incrédulo, no podía apelar al gobierno de la Providencia, pero los que crean en Dios, ¿han pensado alguna vez cuán impío es decir que el mundo está entregado para siempre al imperio del error y de la impostura? En verdad que nosotros preferiríamos el ateísmo del siglo XVIII, á una creencia tan degradante. Los ateos, á despecho de los errores de su inteligencia, tenían un corazón que palpitaba á la vista de los grandes intereses de la humanidad; y tenían la verdadera fe, puesto que luchaban por la verdad.

## V

Se acusa á los incrédulos de un odio ciego contra el cristianismo; pero la acusación es injusta; á lo más se podría decir que se habían engañado, y todavía su error no es tan absoluto como se pretende sin haberse tomado el trabajo de leer sus escritos. Se les condena por el hecho solo de que atacan la religión cristiana. Sin embargo, d'Holbach, el más resuelto entre los ateos, dice: "Si la religión fortaleciese los deberes que la moral impone á los hombres, no se la debería rechazar, por más incompresibles que pudieran parecer sus dogmas. *Si contribuyese realmente á hacer mejores á los hombres, el pretender atacarla sería un verdadero frenesí, y el procurar destruirla sería conspirar contra la sociedad*," (2). Hé ahí una declaración que salva el honor de los incrédulos, demostrando su buena fe. Pues ¿por qué atacan el cristianismo? Porque no se debe ninguna contemplación, responde d'Holbach, á un sistema de errores y de preocupaciones, cuyos principios primitivos son el impedir el uso de la razón, el cerrar los ojos á la

(1) *Le Christianisme dévoilé*, p. 233.

(2) *Histoire de la superstition*, t. II, p. 49.

verdad y el engañar á los hombres sin hacerlos más virtuosos. La profunda convicción de los incrédulos es la de que el cristianismo no ha ejercido influencia alguna en el mejoramiento moral de los hombres "Si quisiera uno atenerse á los partidarios de la religión cristiana, cerrando los ojos sobre todo cuanto pasa en el mundo, habría que creer que la venida de su divino Salvador ha producido la revolución más prodigiosa y la reforma más completa en las costumbres de las naciones: el Mesías, dice Pascal, debía por sí solo producir un gran pueblo elegido y santo. "D'Holbach, pregunta dónde está ese pueblo de santos, y no lo ve en parte alguna de la tierra. Por poco que se examinen las costumbres de las naciones cristianas, habrá que confesar que Jesucristo, su Dios, predicó en vano. "La moral de ese divino doctor, que sus discípulos admiran tanto y practican tan poco, apenas si fué seguida durante un siglo por media docena de santos, que estarán solitos en la corte celestial," (1)

Se pretende que el cristianismo ha regenerado el mundo antiguo. No ha habido preocupación histórica más contraria á la verdad. Cuando la religión cristiana llegó á ser dominante bajo el imperio de Constantino, ¿devolvió acaso sus primeras virtudes á los Romanos? ¿Se vieron Decios sacrificándose ante el altar de la patria, y Fabricios prefiriendo siete tahullas de tierra á todas las riquezas del imperio? "Constantinopla, responde Helvetius, vino á ser la cloaca de todos los vicios desde el momento en que se estableció allí el cristianismo; su culto no cambió las costumbres de los soberanos ni los hizo mejores su piedad. ¿Dónde están los príncipes cristianos que se puedan comparar á los Tito, los Trajano y Antonino?" Hay otras religiones más que el cristianismo. Se dice que Jesucristo ha venido á librar á los hombres de la potestad del demonio. Es preciso, por tanto, que las naciones cristianas, como lo pretende Pascal, sean naciones elegidas y santas en comparación de las otras. ¡Y bien! ¿qué signo distingue al cristiano del judío, del persa y del musulmán? "¿Es que el uno está adornado de una equidad, de una humanidad y de un especial comportamiento no conocidos de los otros? Si se les distingue, no es seguramente por sus virtudes, sino por la diversi-

(1) *Le Bon Sens*, s 164, p. 235.

dad de su fe," (1). Hasta es imposible que el cristianismo tradicional haya ejercido la influencia moral que gratuitamente se le atribuye. ¿Qué significa tener costumbres, en el lenguaje de los cristianos? pregunta d'Holbach. Significa rezar, frecuentar las iglesias á el confesonario, vivir en el recogimiento ó en el claustro. Y ¿qué bien resulta para la sociedad de todas esas prácticas que pueden observarse aun sin tener sombra de virtud? Si costumbres de esa especie conducen al cielo, para la tierra hay que convenir en que son inútiles (2).

El cristianismo, que tanto se celebra por haber regenerado al mundo, ha introducido en él, en vez de nuevas virtudes, un crimen nuevo, la intolerancia, fuente de nuevos vicios: "La razón queda aborta y muda al recorrer los anales de esos hombres reverenciados, que cubiertos con la égida de la divinidad, han atormentado, perseguido y exterminado á los habitantes de la tierra durante millares de años." Se llaman ministros de una religión de paz, y esa religión ha hecho brotar horrores y atrocidades más dignas de canibales y de antropófagos que de sectarios de un Dios misericordioso y elemental. "Los ministros de un Dios de misericordia han inundado la tierra de sangre y de horrores en nombre de su Dios por espacio de siglos; reinos extensos le sirvieron de altares, y los reyes y los pueblos se encargaron de degollar las víctimas en su nombre." ¿Será necesario recordar las cruzadas, y las guerras religiosas, y las hogueras de la inquisición? (3).

Y ¿por qué todas esas horribles persecuciones? Porque el cristianismo es enemigo de todo libre pensamiento y enemigo de la razón. Los incrédulos, que ven en todas partes la mano del sacerdote, atribuyen la causa á la ambición sacerdotal: "De todos los procedimientos que el sacerdocio ha puesto en práctica para retener á los pueblos bajo el yugo, ninguno más eficaz que la ignorancia, que el desprecio de la razón y ese embrutecimiento vergonzoso en que procuró siempre mantenerles sumidos. Si los ministros de Dios han estado alguna vez de acuerdo sobre algún punto, ha sido en el proyecto de vendar los ojos á los que querían guiar. El primero de sus principios fué el de desacreditar la razón, impedir su ejercicio y some-

(1) HELVETIUS, *de l'Homme*, sec. VII, c. I.

(2) *Le Christianisme dévoilé*, p. 13.

(3) *Histoire de la superstition*, t. II., p. 93, 158, 162.